

CON CARIDAD Y PACIENCIA

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 7: VOCACIÓN Y APOSTOLADO

CON CARIDAD Y PACIENCIA

San Juan conserva en su Evangelio una frase maravillosa de la Virgen, en una escena que ya antes considerábamos: la de las bodas de Caná. Nos narra el evangelista que, dirigiéndose a los sirvientes, María les dijo: haced lo que El os dirá (Ioann. II, 5). De eso se trata: de llevar a las almas a que se sitúen frente a Jesús y le pregunten: Domine, quid me vis facere?, Señor, ¿qué quieres que yo haga? (Act. IX, 6)¹.

En esto consiste fundamentalmente el apostolado: en acompañar a nuestros amigos hasta Jesucristo, para que le traten con intimidad y se enamoren de El. Para llegar a esta meta, es preciso recorrer un largo camino —más o menos largo según los casos— que hay que andar *al paso de Dios*.

El Evangelio nos muestra repetidamente el trato paciente de Jesucristo con los Apóstoles. Los llama a seguirle aunque conoce bien sus defectos y debilidades. En su omnipotencia podría haberles infundido la santidad y las virtudes en un momento, sin esfuerzo. Pero no: les forma poco a poco, les corrige, les instruye; cuenta con el tiempo para hacerlos idóneos en el desempeño de la misión que les confiará. Y cuando se marche al Cielo, enviará el Espíritu Santo, que rematará la obra comenzada por El.

De igual manera actúa Dios con los que quieren seguirle de cerca.

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 149.

Enseñaba nuestro Padre que *las almas, como el buen vino, maduran con el tiempo*². Pues, como afirma la Sagrada Escritura, *todo tiene su tiempo y todo cuanto se hace bajo el sol tiene su hora*³. En su Providencia infinita, Dios tiene previstos los momentos y los modos más aptos para santificar a cada alma, según la medida que El ha dispuesto y la correspondencia personal. Nuestra misión, al hacer apostolado, es la del instrumento: consiste en facilitar la acción del Señor, porque *ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que es el que hace crecer*⁴.

Por un plano inclinado

¿Qué se hace para doblar el hierro?, se preguntaba nuestro Padre. *No se le trata en frío. Se le mete en el fuego, y allí se enciende como una brasa: luego se le dan martillazos —se forja—, y sale el rizo delicado, la forma deseada. Hijos míos, tratad así a las almas, con el fuego de la caridad y con reciedumbre*⁵.

El camino del Cielo es largo de recorrer. Dios no suele conceder —aunque puede hacerlo— gracias que consigan inmediatamente y de forma definitiva su efecto santificador. La donación de la gracia respecta y tiene en cuenta la naturaleza humana. Y así como las virtudes naturales no se afianzan con un solo acto o con unos pocos, sino que se requiere un conjunto de actos a lo largo del tiempo, de manera análoga, para unirse más íntimamente a Dios, hay que ir poco a poco, como por un plano inclinado. *Porque es necesario que aquellos que hay que introducir en la virtud, avancen el pie en los primeros escalones y, de ahí, suban siempre los peldaños, y, a partir de ahí, progresando paulatinamente lleguen finalmente a no pequeña altura*⁶.

No olvidemos —insistía nuestro Padre— *que, a veces, hay que ayudar a las almas, para que caminen poco a poco; hemos de animarles con*

(2) De nuestro Padre.

(3) Eccli. III, 1.

(4) I Cor. III, 6-7.

(5) De nuestro Padre, n. 96.

(6) San Basilio, *Homiliae in Psalmos* I, 4.

*paciencia a avanzar lentamente, de modo que apenas se puedan dar cuenta del movimiento, aunque caminen*⁷.

Es lógico encontrar resistencias; son consecuencia de la dificultad del alma —después del pecado original, y también como efecto de los pecados personales— para secundar el querer de Dios. No hay que empeñarse en hacerlas desaparecer de un golpe. *Es Jesucristo quien fuerza los corazones con su gracia*⁸. Nosotros sólo ponemos la oración, y ayudamos a esas personas que hemos acercado a la Obra a que quiten todo lo que estorba en su alma a la acción del Espíritu Santo⁹. Los defectos y las dificultades se han de limar poco a poco, delicadamente; con decisión, pero templando la impaciencia. Las prisas hay que someterlas y ampararlas en la visión sobrenatural, en el convencimiento de que Jesucristo obrará de la manera más eficaz. Nos han de impulsar, eso sí, a aumentar la oración y la mortificación, a un empeño mayor en el trato de amistad y confianza, a comprender y a disculpar con corazón grande.

Paciencia y tenacidad

Vosotros, hermanos —nos dice el Apóstol Santiago—, *tened paciencia, hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador, con la esperanza de coger el precioso fruto de la tierra, aguanta con paciencia, hasta que recibe las lluvias temprana y tardía. Esperad, pues, también vosotros con paciencia y esforzad vuestros corazones*¹⁰.

En el apostolado hay que tener esta actitud paciente, que no implica abandono, dejadez o desidia, sino todo lo contrario: la paciencia comporta perseverancia tenaz hasta conseguir los frutos deseados. *He aprendido a esperar* —escribía nuestro Padre—: *no es poca ciencia. Dios cuenta con el paso del tiempo para que las almas se formen, y no hay que*

(7) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 352.

(8) De nuestro Padre, n. 236.

(9) Del Padre, Tertulia, 2-III-1980, en Crónica, 1980, p. 464.

(10) Jacob. V, 7-8.

hacerles violencia; como no se fuerza ordinariamente una planta para que crezcan las flores más deprisa ¹¹.

Haced el esfuerzo —nos recomienda el Padre— *de inclinaros, con cariño, para seguir a las almas más de cerca, con mucha paciencia. No os asustéis de nada. Podrá ocurrir que un muchacho que va muy bien, de repente sufra un bajón. No os inquietéis, porque eso no significa nada más que la realidad de que no es de pasta flora, que arrastra pasiones y defectos, como todas las personas de carne y hueso, como nosotros* ¹².

Nuestro Fundador, en vísperas de sus bodas de oro sacerdotales, nos hacía esta consideración para empujarnos a ser tenaces en el apostolado: *¡cincuenta años de sacerdote! ¡Han pasado por mis manos tantos miles de almas santas y tantos miles de almas débiles! Pero malas, no. No me he tropezado con ningún alma mala. No conozco a nadie malo. Si se llama a un corazón a solas, dando unos golpes fuertes, a veces suena a duro, pero es sonido de bronce. Y un corazón de bronce, cuando se pone al fuego, se derrite en lágrimas. Los hombres lloramos también, y es bueno. Habla con la gente de tu amistad, sinceramente, y los arrastrarás; pero ten paciencia* ¹³.

Si las almas son tardas en responder, es el momento de prodigarse en detalles de afecto; es la ocasión de *saber perder el tiempo*, de modo que, en la dificultad, cobre más solidez el soporte humano sobre el que se apoya el apostolado; es el instante de seguir este consejo de nuestro Fundador, adaptándolo a cada circunstancia concreta: *haz deporte con él, tranquilamente. Charla con él. Sé amable. Concédete un rato de tus horas. De cuando en cuando le llamas por teléfono diciéndole, con una excusa, cualquier cosa: el caso es que no rompáis. Y, sobre todo, tienes el teléfono colosal, directo, con Dios Nuestro Señor. Más directo que el que tiene el de América del Norte con los rusos. Puedes acudir al Espíritu Santo, que está en el centro de tu alma mientras no le echas, y cuéntale que te preocupa tu amigo* ¹⁴.

Esas ocasiones, normales en el trato apostólico, constituyen una

(11) *De nuestro Padre*, n. 34.

(12) *Del Padre*, Tertulia, 5-IV-1977, en *Crónica*, 1977, p. 510.

(13) *De nuestro Padre*, Tertulia, 25-VII-1974, en *Catequesis en América*, II, p. 364.

(14) *De nuestro Padre*, Tertulia, 29-VI-1974, en *Catequesis en América*, II, pp. 46-47.

buena prueba de la rectitud de intención con la que siempre hemos de actuar. Continuar tratando a una persona que aparentemente no responde, sin abandonarla, es la mejor señal de que nada queremos para nosotros mismos, de que sólo buscamos la gloria de Dios y el bien de los demás. Porque si *hemos estado trabajando por nuestra cuenta, como algunas personas hacen por ahí sin la unidad de la Iglesia, ¿qué eficacia va a tener ese apostolado?* ¹⁵. Y añadía nuestro Padre, comentando la parábola de la pesca milagrosa: *nosotros, por nuestra cuenta, no hemos podido hacer nada. Pero hemos de seguir oyendo: in verbo autem tuo laxabo rete (Ioann. V, 5). En el nombre de Dios, lanzaré la red* ¹⁶.

Nos moverá a continuar con la labor emprendida el pensamiento de la misericordia de Dios con nosotros, ante nuestras faltas de correspondencia. *¡Qué paciencia tiene Dios con cada uno! Perdona una vez y otra nuestros pecados, no se cansa de ayudarnos a pesar de nuestras infidelidades, insiste amorosamente en sus llamadas... ¿Vamos a impacientarnos nosotros, cuando parece que un alma no responde o que camina lentamente hacia el Señor? Sed tozudos, hijos míos —nos repite el Padre—, sin abandonar el trato apostólico con vuestros amigos y compañeros. Cuando Nuestro Señor lo disponga, recogeréis —llenos de alegría— el fruto de vuestra paciencia* ¹⁷.

Con esos sentimientos hemos de tratar a nuestros amigos si llegan a presentarse momentos difíciles. Abandonarlos *es una solución muy cómoda. Si el Señor se comportara así con nosotros, y no volviera a darnos su gracia porque no la aprovechamos suficientemente, iríamos de patitas al infierno*.

Ten más paciencia con los demás, porque el Señor la tiene mayor contigo. En el Padrenuestro pedimos a Dios: perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores... Pues, que sea verdad; y así también podremos decirle: Señor, ten paciencia conmigo, como yo la tengo con este amigo que no quiere hacerte caso ¹⁸.

(15) De nuestro Padre, Crónica V-61, p. 63.

(16) *Ibid.*

(17) Del Padre, Crónica, 1983, p. 329.

(18) Del Padre, Crónica, 1978, p. 529.

Nada se pierde

Esta es la gran seguridad de quien actúa con rectitud de intención en el apostolado: su empeño nunca será estéril. Ningún esfuerzo suyo amparado en la confianza en Dios será infructuoso. *Nada de lo que hacemos los pobrecitos hombres se pierde, cuando de verdad buscamos servir al Señor. Si ponemos un empeño constante por ser fieles y ayudar a las almas, escucharemos la voz segura de la Providencia: no temáis, Yo os daré el incremento. Si habéis trabajado con generosidad, si habéis rezado de verdad, esa promesa no puede fallar, aunque quizá no veamos el fruto inmediato en el apostolado* ¹⁹.

Y el Padre nos ha insistido frecuentemente: *si Dios quiere, cosecharemos nosotros los frutos; si no, los recogerán otros, pero frutos siempre hay. En cualquier caso, todo es bueno: si los recogemos personalmente, porque esos frutos son para Dios; si no, porque tendremos la convicción de que nuestra siembra y nuestro trabajo es sólo para Dios, al privarnos de la alegría de ver la cosecha* ²⁰.

Con esa seguridad vamos insistiendo a nuestros amigos, de un modo compatible con la prudencia sobrenatural, pero sin falsas prudencias humanas, de acuerdo con las diversas circunstancias que rodean a cada persona. Todo unido a una gran caridad y comprensión, de manera que los demás adviertan que sólo buscamos su bien. Esa actitud desinteresada, con la ayuda de Dios, acabará por remover a esas personas, y facilitará que después nos metamos de lleno en sus vidas, que vencemos sus resistencias, que les ayudemos a caminar.

Así respondía nuestro Fundador a un muchacho que manifestó su preocupación por acercar a sus amigos a la Obra: *piensa cómo insisten tantos y tantos —que tú conoces y yo también— para pervertir aun a la gente de tu edad —que es joven—, o de edad mayor, o a muchachos adolescentes. ¡Qué perseverancia demuestran...! ¡Una testarudez...! Y tú y yo*

(19) De nuestro Padre, n. 198.

(20) Del Padre, Tertulia, 10-X-1982, en Crónica, 1982, p. 1082.

andamos con vergüenzas: ¡bonita cosa! De modo que has de ser tozudo con Dios, pidiendo al Señor que te dé las palabras oportunas; y, después, coger a uno por uno, buscar el trato de amistad, de confianza...²¹.

En esa insistencia se ha de incluir —como nos señala nuestro Padre— el *don de lenguas*. Hemos de pensar qué decimos, cómo lo decimos y a quién lo decimos. Esta preocupación no resta naturalidad al trato con los demás; al contrario, la favorece, porque damos a nuestros amigos lo que necesitan en cada momento y en la dosis requerida.

El *don de lenguas* comprende la gracia humana que hace atractiva la virtud y que impulsa a nuestros amigos a vivirla. *El santo es incómodo, os decía. Pero eso no significa que haya de ser insoportable. Su celo nunca debe ser un celo amargo; su corrección nunca debe ser hiriente; su ejemplo nunca debe ser una bofetada moral, dada en la cara de sus amigos. La caridad de Cristo —esa santa transigencia con las personas, de la que os hablaba— debe suavizarlo todo, de modo que nunca se aplique a ningún hijo mío eso que se puede decir —a veces, desgraciadamente, con razón— de ciertas buenas personas: que para aguantar a un santo, se necesitan dos santos.*

Nuestra actitud ha de ser todo lo contrario: no queremos que nadie se aparte de nosotros, porque no hayamos sabido comprenderle o tratarle con cariño²².

(21) De nuestro Padre, Tertulia, 1-VII-1974, en Catequesis en América, II, p. 71.

(22) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1932, n. 74.

[Anterior](#)

[Volver al índice de Cuadernos 7: Vocación y apostolado](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

